

tista que hay en Rodríguez Mendoza, es en el dedicado a García Moreno.

El «tirano» del Ecuador es una especie de Felipe II sudamericano. Es el catolicismo militante y triunfante; es la monacal creatura que oye misa a diario y hace decapitar también casi a diario a sus enemigos.


Frente al «tirano» se alza la noble figura del hidalgo de la pluma: Juan Montalvo. Vive en el destierro. Pero su sátira violenta y aceda cabalga en los signos inmortales de la imprenta.

Son dos fuerzas de la naturaleza que se repelen con igual pasión y violencia. Empero, es el espíritu liberal de Montalvo el triunfador. Su acusación panfletaria ha quedado vibrando de indignación. En cambio, el fanático García Moreno cayó signado por el arma vengadora, aunque ominosa.

La obra de Rodríguez Mendoza viene a presentar en una cinta literaria la galería de los caudillos de la América bárbara. Bárbara por su incultura, por su afán de copia absurda de regímenes y de legislaciones inadecuados.

No es necesario extenderse en consideraciones sobre el valor estético del libro. No. Es un volumen arquitectado y de grávida emoción creadora. «El hombre necesita claridad y alivio» ¿no lo dijo Goethe? Pues bien, el novelista de «Santa Colonia» ha dado esa claridad acerca de uno de los estadios más negros de la historia nuestra, y ha brindado alivio al que ha hambre y sed de conocimiento. ¿No es acaso el conocimiento el mejor don que el hombre pueda dar al hombre?—*Norberto Pinilla.*

SIN BRÚJULA, por *Domingo Melfi.* (1)

 El libro de Melfi, desde su primera página despierta nuestra curiosidad, la cual, poco a poco, se transforma en un interés creciente, por la firmeza de sus conceptos, la gravedad de los problemas que aborda y la galanura y riqueza de su estilo.

Desde luego, el título mismo, así como las denominaciones de sus diversos capítulos, forman una especie de estroma invi-

(1) Ediciones Ercilla.—Santiago de Chile.

sible que le da a la obra un encadenamiento lógico bien definido y bien estructurado.

Tal vez la característica más sobresaliente de este libro consiste en esa sucesión de imágenes claras que llevan un nexo sutil de rasgos semejantes, llegando a formar por último una silueta única de nuestro complicado problema nacional, política y espiritualmente considerado.

Y, como, envolviendo toda la obra, sentimos el canto bellísimo a la cultura, pero a una cultura nueva, espontánea, natural y despojada de todo sentimiento antisocial.

Porque, una cultura es, por una parte, acción creadora; y por otra, principios, verdades, doctrinas o sean, productos de esa cultura.

«Sin Brújula» es a la vez creación y un producto de cultura, especialmente en lo que se refiere al análisis de nuestra vida intelectual y moral, y en lo que importa una crítica justa y honrada de nuestra realidad social y política, con sus vicios y defectos más sobresalientes.

Es verdad que los libros de esta naturaleza despiertan suspicacias en el medio ambiente y en especial entre los que se sienten ingratamente aludidos. Pero el escritor sincero no puede detenerse ante estos escollos que son lógicos en una sociedad en evolución, casi en formación, y que está muy lejos del grado mínimo de una relativa perfección.

Recordamos a este respecto la obra de Alejandro Venegas, publicada hace Más de veinte años, «Sinceridad», en la cual el distinguido maestro criticó duramente los vicios y defectos de la época, habiendo llegado a pronosticar, con su gran espíritu de analista vidente, todas las desgracias que hoy sufre nuestro infortunado país.

Creemos que nuestros escritores, siguiendo ese nuevo sentido del arte que hoy se expande por todo el mundo, no pueden desentenderse del ambiente que los rodea para vivir del exclusivo preciosismo de las formas, sino que deben vibrar con ese imperativo biológico que les ordena una participación activa en la experiencia intelectual y moral de la sociedad.

Entrando en la obra misma podemos decir que en ella no se

citan hechos precisos con fechas y con nombres determinados, como lo exigían los escritores estáticos de antaño, sino que sólo se analizan los defectos más notables de nuestra descomposición espiritual.

¿Y para qué necesitaba el autor puntualizar hechos y personajes, cuando ellos viven con rara precisión en la conciencia de todos nosotros, que hemos sufrido la vergüenza de las dictaduras más afrentosas de nuestra historia política?

¿No sabemos acaso cuáles fueron los culpables de esta derrota económica y de esta decadencia moral del país, y cuáles fueron los actos más culminantes de esos gobernantes, que, como dice Melfi, «envilecieron hasta la abyección la conciencia social»?

Y es digno de consignarse el hecho claro que fluye de la lectura de «Sin Brújula»: mientras las luchas políticas son fenómenos puramente externos, Melfi nos hace un análisis del fenómeno psíquico que los acompaña, el cual ha ido tejiendo en nuestra República, lentamente, esa maraña de inquietudes, desalientos, desorientación, vacilaciones y golpes desatentados de autoridad.

¿No es desgraciadamente, una verdad de granito aquella que el autor estampa en la página 31 cuando dice que «la nueva conciencia social se ha formado por el cansancio y el escepticismo de las generaciones nuevas respecto de los hombres que han manejado la política del país»?

Y para confirmar su acerto dice más adelante, refiriéndose a la revolución de Julio que derribó la dictadura de Ibáñez: «fue transformada en esa civilidad que no representaba en ese instante sino lo que siempre había sido: un confuso y contradictorio panorama de intereses, surcado de odios secretos, de ambiciones inconfesadas, etc...»

Es admirable cómo el autor analiza, anatómica y funcionalmente, todo ese rebullir de desilusiones, amarguras, sufrimientos, injusticias y maldades que han dado nacimiento a nuevas aspiraciones de mejoramiento colectivo y que en el mundo entero están hoy día fluctuando entre el fascismo y el comunismo.

El capítulo denominado «Los signos lejanos del desastre» está

descrito con mano maestra. Es una oración magnífica contra la guerra, contra esas carnicerías humanas que hoy, hasta los pueblos más «carnívoros» en el orden económico, tratan de alejar de la humanidad.

Dice en la pág. 47: «Mientras los hombres jóvenes se mataban en las trincheras, detrás de ellas, en las grandes ciudades alejadas del frente y aun en las pequeñas, una casta insolente de nuevos ricos, de especuladores y de ávidos capitalistas, danzaba y bebía a costa de los infelices que se ametrallaban en medio del fango y de la nieve».

Es esta una verdad macabra expresada con toda propiedad y sentimiento.

Y en el capítulo denominado «Sensualismo y descontento», al referirse a nuestra «falta de vida interior» y analizar algunos factores de nuestra decadencia moral, dice en la pág. 52: «La sed de goces exasperó por igual al hombre y a la mujer y como el vértigo del lujo, a veces imposible de satisfacer provoca sorpresas tragedias en la intimidad, la mujer salió del hogar. Su fragilidad era justamente el supremo bien del materialismo».

En general toda la obra de Melfi está impregnada de ese criterio de analista penetrante e implacable, por medio del cual llega a las causas más profundas del malestar político y social de Chile, y saca de ellas las consecuencias más acordes con su espíritu acerca del porvenir del país.

Sus páginas sobre la Colonia son justas y bien colocadas. Tienen la ruda elegancia de un recuerdo señorial, que a pesar de su fastuosidad, nos hiere el alma con mortificante severidad.

En resumen, la obra de Melfi es un ensayo que nos llama a la meditación, que es profundo, claro, preciso, posee belleza y, mal que nos pesen dice la verdad; pero la verdad del individuo que aun no está contaminado.

Es esa verdad que nos ofusca a veces, que nos impulsa a la acción en otras, que nos amarga, que nos irrita, que nos desespera y que muchos, abusando del poder o impulsados por su miopía, han tratado de acallar en diversas formas, pero que desgraciadamente salta fatídica en todos los rincones del mundo, en todas las naciones de la tierra, en todos los hogares, en todos

los espíritus, y en todas las formas de la actividad intelectual, moral y física de los hombres de este siglo, y en especial de los que estamos viviendo «la gran crisis» de la humanidad.—*Carlos Yáñez B.*

LIBROS CHILENOS

CIELOS DEL SUR, por *Luis Durand*.

Es un libro aparecido hace cuatro meses, pero que merece ser recordado, aquí donde el recuerdo de la mejor obra se borra en pocas semanas. No es tan abundante la producción de libros chilenos como para que tal cosa suceda; es, más bien, la superficialidad del ambiente,—que superpone imágenes de teatros, cines, espectáculos deportivos, sobre el pequeño escenario de la vida intelectual,—la que contribuye al pronto alivio de los acontecimientos literarios.

Luis Durand, por otra parte, no es un escritor bullicioso. Tal como se le ve en la portada de su libro «Cielos del Sur», lo encontramos deambulando calladamente por las calles de Santiago. Alto, gordo, de movimientos lentos. Los gruesos cristales no agrandan demasiado sus ojillos mansos y escrutadores. Son unos ojos que disimulan su picardía irónica. Bajo un aspecto inofensivo, arde la pasión voraz y la ambición batalladora.

—Yo nunca creí que llegaría a ser escritor,—responde a una pregunta—Era empleado de Correos; transcribía notas. Esa era mi literatura. En cierta ocasión, después de una reunión gremial de empleados, se me dió el encargo de hacer una reseña para la prensa. La escribí cuidadosamente, con mi mejor letra de oficinista, y la mandé a «El Sur» de Concepción. Allí apareció con mi firma. Recibí felicitaciones de los compañeros, y... se apoderó de mi la vanidad literaria. Zañartu, un amigo empleado, como yo, en Correos, me alentó para que escribiera una narración y se la enviase a su hermano Sady, que era en esa época Director de «Zig-Zag». Seguí sus consejos, y mi cola-